

**P**UERIL petulancia la de quienes, a base de la ortodoxia monetaria del siglo pasado, pretende adoc-trinarnos, acerca de la ciencia infusa del dinero y sobre lo que hay que hacer y no hacer en la materia. Porque lo cierto es que—aunque creación del hombre, que se pierde en la consabida noche de los tiempos—del dinero sabemos bien poco. Estamos con respecto a él en no mejor situación que los salvajes ante los fenómenos de la Naturaleza que les sobrecogen y aterran. Y si aquéllos divinizan y adoran lo que no comprenden, no es sorprendente que el hombre civilizado haya convertido en un fetiche esa fuerza social que escapa a su razón. Entre el hombre vulgar que se entrega ciegamente a su influjo y el profesor pedante que cree estar al cabo de la calle, van nuestras simpatías hacia la posición modesta del estu-dioso que busca, entre los entresijos de una realidad abstrusa todavía no desvelada, el hilo conductor que le permita comprender, único modo de llegar a liberarse de los terrores pánicos y de las veneraciones supersticiosas, de dominar, en fin, al ídolo profano de los tiempos, y no dejarse dominar por él.

pagar, lo que nos parece es un medio de deber. No hay en esto paradoja. ¿Quién es el que se considera pagado económicamente con recibir por su trabajo o sus servicios unas monedas? Si nuestro trabajo fuera recompensado con alimentos, telas, albergue, libros, amenidades y di-versions, podríamos decir que éramos pagados, pues esto es lo que apetecemos en fin de cuentas a cambio de nues-trá cooperación social. Pero unas monedas... ¿qué hacen sino acreditar que se nos debe, hasta cierto importe, lo que podamos apetecer entre esas cosas y las demás aná-logas que la industria de nuestros semejantes pone en el mercado? ¿Y qué diferencia hay en que esas monedas sean monedas representativas o buenas piezas de oro? Al pare-cer ninguno, pues fuera del raro caso del avaro clásico que todos los días cuenta sus monedas relucientes, y del no menos raro de hacerse un dije con algunas de ellas, las monedas de oro no se han querido nunca para otro fin que para cambiarlas por otras cosas, hasta aquellas que se ahorran y se cambian luego por sólidos valores mobiliarios. Si las monedas no son a lo que parece más que a modo de cheques contra el mercado, ¿qué más da

que sean de materia valiosa o sin va-lor? ¿Miramos acaso el valor del pa-pel sobre que se extiende un cheque o la cifra estampada en él?

Mas siquiera—se dice—la moneda de oro es una garantía. —¡Ah! si el oro es una garantía en la moneda, he aquí una prueba de que la mon-da no es el instrumento de un pago, sino el signo de una deuda, porque la prenda sólo media en el crédito. No hay prenda sin deuda, aunque sí puede haber deuda sin prenda, y es raro que en estos tiempos de perfec-

ción crediticia sea tan necesaria una prenda material. Pero ¿acaso la moneda de oro constituye una buena prenda?

La moneda de papel tiene sin duda el inconveniente de que puede ser anulada de la noche a la mañana y burlados sus tenedores. ¿Es que si fuera anulado el oro como moneda, quedarían muchos menos burlados en su garantía los tenedores de oro? La anulación de la plata como moneda ha reducido su valor a la tercera o cuarta parte del que algún día tuvo. Con el oro sería peor, por-que su principal uso, fuera de la moneda, es la joyería y en esto decaería también una vez que perdiera valor y prestigio. Claro que ello requeriría el consenso general del mundo, pero eso no es más difícil que ha sido el ob-tenerlo para el oro y el darlo y quitarlo a la plata, pues bastaría el acuerdo de algunas naciones principales en el orden financiero.

De todos modos, si, aunque problemática, ofrece alguna más garantía para sus poseedores el oro que el papel, para el valor general de la moneda no ofrece ninguna, ya que en los momentos difíciles, cuando más de temer es que la moneda sufra un traspies, lo primero que se hace es suspender la moneda-mercancía. La moneda de oro será la buena, pero en los trances apurados hay que acudir siempre a la mala. ¡Rara bondad que no ayuda a salir de apuros y que nos mete muchas veces en ellos!

El criterio de bondad y maldad en materias que no son de ritual sino puramente utilitarias, lo debe dar la ma-yor o menor utilidad, y si la moneda-signo resulta la más útil en cualquier circunstancia ¿por qué no ha de ser también la mejor?

\*\*\*

Al fin y al cabo ¿qué necesita hacer la moneda? —Dis-tribuir la producción social, ni más ni menos. ¡Irámos a darle a cada partícipe kilos de harina y metros de tela, utensilios de cocina y piezas de cuero, billetes para el cine y abonos del tranvía, a fin de pagarles su partíci-

## ¿Moneda-Mercancía o Moneda-Signo?

FONDO DOCUMENTAL POR

GERMAN BERNACER

No es poco difícil tarea ¡ay! substraerse a los falsos tópicos de un doctrinarismo consagrado que se nos ofrece como la expresión más genuina de la verdad científica, pero a la que la realidad da constantemente un claro mentis. Se nos ha repetido mil veces que la sanidad sólo se halla en el realismo monetario, en el buen oro con-tante y sonante, y que lo demás son cuentos, y si no cuentos, cuentas y papeles sin consistencia. Pero si la salud es el equilibrio y la estabilidad, hay que recono-cer que el oro se ha portado bastante mal con la Huma-nidad; ha sido un dios perverso y avieso que nos ha traído a mal traer. Y aquellas monedas, que un juicio prema-turo calificó de enfermas, han hecho mejor papel que ese bello metal

Que de puro enamorado  
De continuo anda amarillo,

al decir de nuestro clásico.

Si a lo exclusivamente pragmático hubiéramos de aten-der, la demostración dada por la experiencia establece-ría la evidente superioridad de la moneda nominal sobre la metálica. Si es así, y la lógica no anda divorciada de los hechos, ha de haber razones que abonen esta conducta en contra de lo que hasta ahora se ha tenido por verdad inconcusa, y esas razones son las que pueden llevarnos a la convicción de que el camino que se seguía en el mundo era una falsa ruta que hay que cambiar.

\*\*\*

El concepto más corriente de la moneda es el de ins-trumento del cambio. Sobre ello se basa la idea de la moneda-mercancía. Porque, ¿cómo admitir que sea instru-mento de los cambios y medida de los valores lo que no es mercancía ni tiene valor?

Otro concepto usual de la moneda es la de ser un me-dio de pago. Pero cuando observamos sin prejuicios el funcionamiento real de la moneda, más que un medio de

pación? ¿Cómo se podrían atender de ese modo las múltiples y variadas necesidades y apetencias de cada cual según su posición social y su capacidad económica? Lo mejor—¿qué duda cabe?— es darle un cierto número de unidades monetarias, de unidades homogéneas de valor, con las cuales adquirirá luego lo que más le acomode entre la infinita variedad de cosas que le ofrece el mercado.

¿Qué habrá que hacer para eso? Pues al lado de cada producto crear paralelamente un número de unidades monetarias que representen su valor, y darlas equitativamente a quienes han contribuido a obtenerlo. Esa suma de dinero representará al mismo tiempo el coste del producto en su más amplio sentido y el derecho de reclamar mercancías que con él nace. No hay peligro de que el mercado se encuentre en quiebra si no se crean más cheques para retirar productos que los emitidos por el propio valor de ellos, y la moneda se mantendrá estable. Con cada producto que se crea sale al mercado el valor correspondiente de moneda para distribuirlo. Cada porción de él que se vende extrae de la circulación la suma correspondiente de dinero, del mismo modo que un billete emitido a cambio de oro o de una letra de cambio se-extingue con la devolución del oro o el pago de la letra. Y ese dinero ya no vuelve a salir al público sino por la repetición de una operación análoga, que en aquel caso es una nueva operación productiva.

¿Qué papel desempeña en tal mecanismo que la moneda sea de metal? —Un papel bastante perturbador, porque el oro no se tiene siempre a mano y, cuando no se tiene, nos vemos imposibilitados de producir por faltar el medio de distribuir. Esas paralizaciones que se presentan de vez en cuando y que obligan hasta a destruir lo producido ¿no tendrán ese origen en el fondo? Aquellos mercantilistas de los siglos XVI y XVII, de que tanto se burló la novísima Economía del XVIII y del XIX no eran tan tontos como se ha querido suponer. No tendrían toda la razón, pero tampoco les faltaba por completo. No poseían ellos ese precioso recurso de la moneda de papel, inventado después, y no les era dado crear la prosperidad sin metales monetarios, porque la producción se ahogaba carente del único medio circulante entonces conocido.

La moneda de papel ensanchó los límites de ese cingulo ahogador, pero dos cosas lo han estrechado después: la eliminación de la plata como moneda y el sometimiento del papel a un múltiplo inflexible de la reserva oro.

¿Es que las posibilidades de producción tienen algo que ver con que se disponga de más ó menos oro? ¿No

dependen de los brazos, de las fuerzas naturales y de los materiales de que se dispongan? Y si se tienen todas estas cosas y no el oro ¿no ocurrirá que los brazos se queden ociosos y los demás elementos en baldío? Si ocurre, y así perdemos a menudo lo que tenemos en las manos, por lo que no está en nuestras manos tener.

Claro que si se crea dinero espúreo, dinero que no sale de una producción correspondiente, ese dinero serán cheques que no tienen provisión y que han de contender con el poder de compra legítimo para disputarse las mercancías que a aquél pertenecen, con lo cual se elevará el precio de ellas, es decir, se depreciará el

valor de todo el dinero. Y si, inversamente, se crean productos sin poder de compra correspondiente, o ese poder de compra no llega a cumplir su misión, las mercancías quedan sin comprador, y de rechazo los brazos sin ocupación y los estómagos sin alimento; se engendra entonces la mayor de las paradojas: la necesidad extrema en medio de la sobra de todo.

Entre esos dos extremos se está debatiendo la Humanidad continuamente. Y aunque no sea toda la culpa del dinero, no parece exagerado suponer que una buena parte de la culpa es de no haber llegado todavía a comprender bien la función de este instrumento de distribución.